



Tres mitos ideológicos de la Psicología

Three ideological psychology myths

Victoria Sedkowski Nowak
Universidad de Barcelona

Resumen

La Teoría de la Dominancia Social (TDS), desarrollada por Sidanius y Pratto, postula que en toda sociedad determinados grupos ocupan una posición hegemónica, relegando a los demás a un segundo plano. Esta posición se mantiene por el funcionamiento de “mitos ideológicos”, que pueden ser de tres clases: sagrados, paternalistas e igualitarios. Mi objetivo es el análisis de la posición que ocupa la disciplina psicológica en la sociedad occidental actual, aplicando la TDS e ilustrando cómo funciona cada tipo de mito para sustentarla. Selecciono para ello aquellos que considero más representativos: el mito sagrado de la divinización de la ciencia, el mito paternalista de la relación psicólogo paciente, y el mito igualitario de la patologización de la diferencia, poniéndolos en evidencia y señalando sus posibles mecanismos de mantenimiento. Para ello me sirvo, entre otros, del análisis realizado por Göran Therborn sobre el funcionamiento de la ideología.

Palabras clave: **Psicología; Ideología; Mitos; Hegemonía**

Abstract

Social Dominance Theory (SDT), developed by Sidanius and Pratto, says that in every society there are certain groups occupying hegemonic places, leaving the other groups in a second place. This position is maintained by the functioning of “ideological myths”, which can be of three kinds: sacred, paternalistic, and egalitarians. My objective is to analyze the position that psychological discipline occupies in our actual western society applying the SDT and showing how each kind of myth work in its maintaining. For that purpose I select those myths that I consider as the most representatives: the sacred myth of the divinization of science, the paternalistic myth of the psychologist-patient relation, and the equalitarian myth of the pathologization of difference, making them evident and pointing at their possible maintaining mechanisms. I use for this, among others, Göran Therborn's analysis about the functioning of ideology.

Keywords: Psychology; Ideology; Myths; Hegemony

Introducción

Tomando el modelo estructural de la Teoría de la Dominancia Social (TDS) de Jim Sidanius y Felicia Pratto (1999), en el siguiente trabajo pretendo aplicar el mismo para realizar un análisis de la disciplina psicológica, poniendo

en evidencia el puesto hegemónico —entendido como una posición de dominación o control— que la psicología ocupa en la sociedad occidental actual, y los mitos que sustentan dicha posición. Concretamente, trataré el mito sagrado de la ciencia, el mito pa-

ternalista de la relación psicólogo-paciente y el mito igualitario de la patologización de la diferencia, desde el marco más general que intenta dar cuenta de la ideología social que lo mantiene, hasta cómo, específicamente, se muestran en el ámbito de la psicología. El término ideología es aquí utilizado –del mismo modo en que lo entiende el sueco Göran Therborn (1987) en su obra *La ideología del poder y el poder de la ideología*– como una condición necesaria a través de la cual los seres humanos viven sus vidas como actores conscientes en un mundo que cada uno de ellos comprende en diverso grado, como el medio a través del cual operan esa conciencia y significatividad. No es un cuerpo de pensamiento ni una estructura de discurso *per se*, sino una manifestación del particular ser en el mundo de actores conscientes, un elemento de la formación y transformación de la subjetividad humana. Esta definición no supone ninguna clase de juicios valorativos sobre la misma ni sobre su adecuación o no a una “verdad” más allá de ella, distanciándose así de la clásica concepción marxista que establece la oposición ciencia-ideología.

El método utilizado para realizar este análisis es una reflexión fundamentada en las teorías y planteamientos de diferentes autores que, ciertamente, ya habían desarrollado estas ideas. Mi labor consistirá en recogerlas y articularlas de manera tal que sirvan de ilustración y sustento al planteamiento que propongo.

Los Mitos Legitimados de Sidanius y Pratto

Sidanius y Pratto, los creadores de la Teoría de la Dominancia Social (TDS), postulan que las sociedades se organizan según una estructura grupal jerarquizada mantenida por presiones tanto intergrupales como intragrupalas, discriminación y prejuicios. Aunque con variaciones interculturales y temporales, este modelo parece presentarse en todas las sociedades, en las que ciertos grupos detentan el poder y otros quedan relegados¹. Sus investigaciones se centran en estudiar esas de-

sigualdades intragrupalas e intentar explicarlas.

Siendo conscientes de que la presión puede ser tanto física como ideológica, en tanto que legitimadora de la posición dominante de los grupos hegemónicos, profundizan en la segunda. Las élites, mediante la propagación de la necesidad, justicia, moralidad e inevitabilidad de su posición, controlan los discursos –entendiendo éstos a la manera foucaultiana– estableciendo los que están y los que no están permitidos. La TDS denomina estos instrumentos ideológicos “mitos legitimados”. Los mitos legitimados se definen, pues, como ideologías –incluyendo estereotipos, cosmológicas, atributos, representaciones...– compartidas y consensuadas, que organizan y justifican las relaciones sociales en curso. Establecen cómo deben comportarse los individuos y las instituciones, por qué las cosas son como son y cómo debe ser distribuido el poder social, bajo la apariencia de ser verdaderos, aunque aquí no se discute el tema de la veracidad, sino más bien su función. Profundizando en la definición antes mencionada de Therborn, conviene remarcar aquí el carácter dialéctico –no meramente aglutinante, no simplemente impositivo y reificante– de las ideologías, que funcionan, tanto sometiendo a la persona a un orden dado, como capacitándola para la acción social consciente. En esta capacitación podría incluirse, además de los discursos a favor en sí, el modo en el que se pueden cuestionar y qué se puede plantear como problema, pues la negación de discursos en contra tiene un papel igualmente importante en el mantenimiento de las relaciones. Estos silencios, lo que se rehúsa decir o se prohíbe nombrar, funcionan menos como límites del discurso que como parte constitutiva del mismo y vinculada a sus elementos.

Postulan Sidanius y Pratto tres categorías de mitos legitimados: los mitos paternalistas, aquellos que establecen que la hegemonía sirve a la sociedad, cuidando a las minorías desfavorecidas y velando por su bien; los mitos igualitarios, los cuales sugieren que los grupos hegemónicos, en realidad, son iguales a los demás; y los mitos sagrados, que se sirven de un derecho y mandato “divino” a ocupar la posición de poder.

¹ Sin profundizar en la discusión sobre si efectivamente se trata de un universal cultural, considero que al menos en nuestra sociedad, en la que se ha desarrollado una psicología científica, sí se cumple la teoría propuesta, tratando sobre la misma el texto que sigue.

Mito Sagrado: la Divinización de la Ciencia

Actualmente, la ciencia moderna y los valores que se asocian a su desarrollo y ejercicio, forman el núcleo más importante para el despliegue histórico de cualquier idea de progreso que podamos imaginar, convirtiéndose, no sólo en una actividad, sino además en una ideología que atraviesa toda actividad científica en sí misma.

Prácticamente desde sus mismos orígenes, y crecientemente en nuestros tiempos, se observa un afán exacerbado de la psicología por mostrarse como una ciencia más —y de las *duras*—, valiéndose de esa ideología como forma de garantizarse un lugar en nuestra sociedad. Pero quizá su estatus no esté tan claro como parece querer mostrar. Las ciencias no surgen como tales tras la aplicación del “método científico” a los viejos problemas filosóficos, sino como reorganización de técnicas previas, resultando el método científico una reorganización específica de tales técnicas. Concretamente en psicología, éstas serían entendidas como instrumentos que la sociedad pone a disposición de sus miembros para gestionar sus conflictos, por medio de unos canales determinados. Por citar algunos ejemplos, las prácticas de modificación de conducta tan en boga hoy en día han existido desde hace siglos en ámbitos como el adiestramiento de animales o la educación infantil, mientras que el ejercicio de la confesión cristiana se ha visto en buena parte sustituido por la terapia clínica (Loredo, 2005). Esto no quiere decir que las técnicas psicológicas antiguas sean totalmente análogas a las contemporáneas, pero estas últimas sólo serán más eficaces y mejores en virtud de que juzguemos como tal el sistema de valores de la sociedad en la que se enmarcan. Las innovaciones no caen del cielo, sino que derivan de las actividades de los sujetos, estando el conocimiento determinado por la experiencia, que abarca desde los discursos y categorías de pensamiento culturales hasta las técnicas y procedimientos que utilizamos para ponerlo de manifiesto y las herramientas y pruebas con que lo justificamos. Obviando esta perspectiva, como normalmente se hace, y presentando los nuevos planteamientos como grandes ideas de grandes genios —característica ésta muy dominante en toda la ideología capitalista—, al fenómeno estudiado se le atribuye una existencia real e

inmutable con antelación a los intentos de hacerlo (Romero y Álvaro, 2006). Siendo la ciencia típicamente la historia lineal de los éxitos —continuismo—, que se desliga de aspectos pasados que puedan “dañar su imagen”, olvida que lo que hoy tomamos por marginal y excéntrico en el pasado fue considerado como respetable y normal (este tema central lo trato de manera más específica en el apartado sobre el mito igualitario, la patologización de la diferencia). Este es el llamado *estereotipo no histórico de los libros de ciencia* (Kuhn, 1962/2005). El presente es tomado como la culminación del pasado, ejerciendo así la función de validar el régimen de verdad contemporáneo y moldeando, además, un futuro afín. Esta *ilusión de excepcionalidad histórica* (Taylor, 1996) nos hace creer que somos excepcionalmente mejores y moralmente superiores que en tiempos pasados.

La psicología es una ciencia repleta de paradojas: por un lado, se pretende la reducción de todo ámbito psíquico a variables empíricas medibles; por otro, se utilizan términos tan ambiguos como cercanía, empatía, comprensión o sentido común, que aparecen en la gran mayoría de manuales. Incluso las variables “medibles” son problemáticas, pues se trata de constructos cuya definición varía de una cultura a otra: los significados ideológicos más evidentes aparecen a través de las suposiciones acerca de las categorías conductuales o identidades que pueden ser identificadas y medidas. Citando a Florentino Blanco (2002), que resume con claridad y concisión esta idea:

La psicología de la ciencia corrobora desde su estatus de ciencia, y, por tanto, desde el poder que se le atribuye, desde la naturalidad, el desinterés, e, incluso, la abnegación de más de un siglo de duro trabajo en el laboratorio, la vigencia de categorías que no son exactamente neutrales (genialidad, creatividad, eficacia) en el sentido en que lo es, por ejemplo, la noción física de inercia. (p. 69)

Inmediatamente después del asunto de la selección y definición de las variables relevantes, habría que proseguir examinando el concepto al que hace referencia el término mismo de medición. Generalmente en aquellas ciencias que lo utilizan, entre ellas la psicología, éste no se define o se hace de manera tópica, superficial y convencional, convirtiéndose así en un concepto primitivo que se da por hecho. Tradicionalmente, por medición se entiende en la ciencia el proceso por el cual

un observador estima la magnitud de cada manifestación de un atributo cuantitativo por comparación con otra manifestación tomada, con algún *fundamento*, como referencia —unidad de medida—, es decir, asigna un valor numérico real a la magnitud manifiesta de una característica, relación o propiedad. La psicología se ha distanciado de esta concepción, adoptando una postura algo más laxa al enfocarla como una representación, asociando a las diferentes manifestaciones del atributo un elemento de un sistema numérico estructuralmente equivalente siguiendo determinadas reglas (Stevens, 1946). Aun así, esta concepción presupone la existencia natural de una estructura lógica o empírica interna al atributo, *traducible* a una escala en virtud de una correspondencia isomórfica —o al menos homórfica— existente entre aquella y un cierto conjunto de números apropiado y más o menos convencional.

La idea de que las características psicológicas son medibles por medio de números reales predomina, al menos implícitamente, en la mayoría de los trabajos en la psicología, aunque esto no haya sido, curiosamente, corroborado prácticamente en ningún caso (Michel, 2011). Asumiendo que toda investigación científica tiene dos tareas fundamentales: la propiamente *científica*, encargada, en este asunto, de establecer el carácter cuantitativo o no del atributo; y la *instrumental*, que debe proporcionar procedimientos para la estimación numérica de las manifestaciones del mismo en caso de que sea pertinente (Michel, 1997), parecería que la primera de ellas, aquella concerniente al razonamiento subyacente a las técnicas prácticas de obtención y análisis formal de la información relevante, ha sido sistemáticamente ignorada. Los psicólogos toman los métodos y procedimientos estadísticos —ya sea en los manuales, en las universidades o en las mismas investigaciones— como una especie de *máquinas automáticas* para el análisis de datos numéricos sin importar de dónde vengan. *Socializan* así a los nuevos integrantes del grupo a través de la explicación y aplicación de “rituales estadísticos” de dudosa legitimidad (Gigerenzer, 2004), creando la ilusión cognitiva de estar haciendo *verdadera ciencia* cuando precisamente contribuyen a la superficialidad teórica y atrofia metodológica. Ni siquiera en muchos de los libros sobre medición psicológica se aborda el tema ni sus implicaciones empíri-

cas. La más fundamental es errar en el planteamiento de la cuestión misma, pues un atributo —y especialmente los atributos psicológicos, muchos de los cuales no poseen una definición consensuada— no tiene por qué poseer este tipo de estructura cuantitativa interna. Darlo por hecho, herencia de la idea pitagórico-platónica según la cual “todo está hecho de números” o los números son los verdaderos y únicos intermediarios entre la realidad sensible y las ideas, convierte toda hipótesis psicológica en especulativa. Como Gaston Bachelard (1948/2000) planteaba, lo cuantitativo se convierte en un obstáculo epistemológico: parece que simplemente, por el hecho de inventar una asignación numérica apropiada, la medida ya es científica, como si el método fuera garantía suficiente para la científicidad de los resultados obtenidos independientemente del objeto. “Salpicada con el agua bendita del método consagrado, la práctica en cuestión quedaría bautizada con el prestigioso nombre de la ciencia.” (Pasternac, en Braunstein, Pasternac, Benedito y Sall, 1976, p. 127). La medición psicológica cuantitativa es más una ilusión que el resultado de investigaciones lo suficientemente serias para *fundamentarla* o hacer autocrítica de su metodología. “No se reflexiona para medir, se mide para no reflexionar” (Braunstein, en Braunstein et al., 1976, p. 399).

Con esto no se está defendiendo un teoreticismo radical e ingenuo que desprecie la parte instrumental; tanto la parte teórica como la parte práctica de la actividad científica son igualmente importantes e influyen recíprocamente la una sobre la otra. Los instrumentos tienen carga teórica del mismo modo que la teoría posee cierta carga *empírica*, y ninguna de ellas debe ser minusvalorada a riesgo de caer en una simplificación de lo que toda tarea científica conlleva, concibiéndola bien como una mera abstracción teórica privilegiada del mundo real o bien como el resultado inmediato del método y herramientas utilizadas (Ferreiros y Ordóñez, 2002).

Una propiedad definitoria de la ciencia que maquilla sus implicaciones ideológicas es que, teóricamente y por su propia naturaleza empírico-lógica, es *autocorrectiva*, es decir, *provisional* hasta que nuevos indicios conduzcan a otra consideración de las cosas (Stewart, 2001). Esta característica ha recibido numerosas críticas. En primer lugar, sólo

aquellos pertenecientes al *gremio* científico tienen la potestad para cambiar o corregir las cuestiones referentes a su mundo. Además, la facilidad con la que resultados de investigaciones fraudulentas eran tomados por válidos, aun habiendo sido filtrados por los mecanismos de control —principalmente la revisión por pares y la replicación, ésta última muy poco utilizada en psicología, y en las ciencias sociales en general, por las dificultades que conlleva controlar todas las variables y por considerarse “investigaciones de segunda categoría”— destinados a su detección, ha sido probada en numerosas ocasiones. De hecho, la mayor parte de los fraudes se descubren gracias a *soplones*. El motivo principal por el que esto sucede es que la ciencia está basada en la confianza entre los *practicantes* (Stroebe, Postmes y Spears, 2012), primando a menudo factores externos a ella más que los criterios que teóricamente establece: la búsqueda desinteresada de la verdad como único y auténtico fin. En psicología, por ejemplo, a la hora de realizar los análisis estadísticos de los datos obtenidos, parecen tener más peso las posibilidades de publicación de un artículo —y todas sus consecuencias: reconocimiento y promoción en la universidad por parte de la administración, obtención de premios y becas, etc.— que el hecho de utilizar con corrección y sentido crítico las herramientas empleadas. Los *juegos matemáticos* para exagerar la significación de los datos y hacerlos encajar en los parámetros preestablecidos por revistas y editoriales están a la orden del día (Ioannidis, 2012).

La ciencia, entendida como un conjunto de enunciados seguros que están más allá de nuestra actividad humana, ejerce la función que antiguamente era desempeñada por prácticas relativas a la religión. Dicho burdamente, pero con la seriedad que se merece, al respecto de algo que aquí nos concierne, el endemoniado ha pasado a ser loco. La carne ha perdido su condición pecaminosa de antaño y se *medicaliza*; ahora el mal es la sinrazón, pues en un mundo que está en manos de fuerzas sobrenaturales como Dios o el demonio en constante intervención sobre él, la ciencia moderna no tenía cabida (Blanco, 2002). Ésta ha recogido los poderes sustentados en otros tiempos por sacerdotes, y se ha hecho poderosa, pues consiste en saberes *instrumentalizables* por los poderes, es decir, pueden ser utilizados en provecho de quienes

ocupan posiciones privilegiadas. La psicología ha tomado la potestad de expulsar a los *demonios* de la mente (Varela, 1986). Esto da lugar a un mecanismo de dominación ideológica que Therborn denomina *sentido de la inevitabilidad* (Therborn, 1987); surge debido a la ignorancia de cualquier tipo de alternativa, al combinarse un modo de interpelación ideológica centrado en “lo que existe”² y la imposibilidad de otra elección.

En ambos casos, parece que la responsabilidad del sujeto se deja de lado: tanto la posesión demoníaca como la locura en tanto que enfermedad son factores externos que se “padecen”. Ahora bien, la ciencia no opera en el vacío, necesita una determinada concepción de la naturaleza humana, un ideal del ser (Canguilhem, 1978). Puede parecer paradójico que vivamos en un mundo en el que haya una fuerte apelación a lo subjetivo y al mismo tiempo se le reste validez a la responsabilidad del sujeto en el ámbito de la psicología. Una noción de exterioridad tan fuerte sólo es posible con la existencia de un fuerte sentimiento de interioridad aportado por una nueva concepción de la naturaleza humana que pone al sujeto en el centro del mundo, y a partir de la cual cobra realmente sentido la dualidad sujeto-objeto. Sin embargo, es precisa una ética, basada precisamente en esta desvinculación del sujeto del mundo, que defienda la búsqueda desinteresada de la verdad, aunque esto, como ya se ha visto, es discutible.

En resumen, que la ciencia emerja en ciertas formas de vida y no en otras no la convierte en algo falso, prescindible o anecdótico. Lo que aquí simplemente se quiere poner de manifiesto es que distintas formas de racionalidad y sistemas de valores pueden dar lugar a diferentes culturas y estilos de vida, y viceversa³. La ciencia obra como un medio y al

² Quiénes somos, qué es el mundo y cómo son la naturaleza, la sociedad, los hombres y las mujeres. Esta dimensión es la que nos hace adquirir un sentido de la identidad y hacernos conscientes de lo que es “verdadero y cierto”, estructurando nuestra visibilidad del mundo.

³ Como ejemplo, la obra del sociólogo e historiador de la ciencia Steven Shapin, que en su artículo de 1982 *History of Science and its Sociological Reconstruction*, realiza un interesante repaso por varios “hitos” de los descubrimientos científicos poniendo de manifiesto la contingencia social de los mismos e ilustrando cómo los intereses y cosmovisiones de diferentes grupos hegemónicos del momento —por ejemplo, la Iglesia durante el siglo XVIII—

mismo tiempo como fin para el desarrollo de nuestra particular forma de vida. No es que los descubrimientos científicos sean falsos, sino que el conjunto de preguntas y respuestas en cuyos términos nos manejamos es sólo resultado de una opción. Andrew Pickering (1984) defendía esta tesis de la evolución científica contingente, afirmando que podía resultar exitosa aun avanzando por caminos diferentes de los que ha seguido, pues los estándares de éxito de una ciencia son determinados en gran parte por la ciencia misma en un proceso dialéctico de resistencia y acomodación que no está predeterminado. Resulta por tanto problemático, al menos, que una realidad cultural específica, local, occidental, tenga como aspiración básica producir —y reproducir— representaciones del mundo de carácter universal, es decir, lo que el título refiere como “divinización de la ciencia”. Y más problemático aún, que la psicología fuerce sus propios límites para, gracias a esta divinización, presentarse como verdad objetiva a aceptar. Muchas esferas científicas, incluso en ciencias naturales tales como la física o la química, menos atormentadas que la psicología con crisis identitarias sobre su estatus propio y respetabilidad, asumieron hace tiempo que la verdad científica es una cuestión de construcción, aunque el uso del término *constructo* ni ha estado nunca ni está exento de polémica (Hacking, 2001; Latour y Woolgar, 1979).

Por sus orígenes, de hecho, podríamos pensar que la psicología está más cerca de ciencias como la medicina que de otras más *duras* como la física o la química, pues su pretensión era estudiar las *enfermedades* de la mente, tanto es así que en muchas universidades se han estudiado durante largo tiempo en la misma facultad. De ahí ha derivado la psicología clínica de hoy en día. Podría pensarse, por tanto, que el nivel de científicidad y aceptación social deberían ser similares para ambas disciplinas. Esto, sin embargo, no ocurre así, pues mientras que la medicina se dedica exclusivamente a las enfermedades orgánicas, la psicología no puede hablar de tales: ¿qué órgano es ese de la mente? ¿cómo estudiarlo? ¿cómo aislar las variables? La psicología carecería de sentido como disciplina

preestructuraban la experimentación, la interpretación de los resultados y la elección de una u otra teoría explicativa.

enteramente independiente si tratara exclusivamente las cuestiones biológicas y fisiológicas del cerebro: estas disciplinas ya existen. Por tanto, la aplicación no puede ser meramente orgánica, lo cual hace imposible criterios de validación, tan importantes para la medicina, como los “estudios doble ciego”, en los que ni el médico ni el paciente conocen el tratamiento que están proporcionando o recibiendo. Estos estudios son utilizados para comprobar que no hay ningún tipo de influencia en los resultados provocada por el efecto placebo o el sesgo del observador. Mientras que en medicina son prácticamente indispensables, los mismos no pueden llevarse a cabo con la gran mayoría de tratamientos psicológicos más allá de los estudios farmacológicos, orgánicos. Parece bastante complicado que un psicoterapeuta ignore qué tipo de terapia está aplicando al sujeto, y en el caso de que lo haga, habría que dudar de la competencia del mismo. Es importante volver a recalcar aquí que la metodología utilizada para el análisis de datos en psicología —incluida aquella encargada de estudiar su validez y fiabilidad— es mayoritariamente de naturaleza estadística. Es decir, trabaja con probabilidades y no, evidentemente, con certezas, reconociendo así el papel de la relatividad e incertidumbre en la realidad humana. Por desgracia, ésta característica parece pasarse por alto y olvidarse con más frecuencia de la que convendría.

Mito Paternalista: la Relación Psicólogo-Paciente

Este mito está estrechamente relacionado con el anterior, ya que el psicólogo, al igual que el médico, el psiquiatra, etc. son a fin de cuentas identificados con la figura del científico, cuya legitimidad viene dada por pertenecer al *gremio*. La evolución que ha seguido esta relación es, por tanto, similar a la del papel de la ciencia en general.

El psicólogo asume el rol de figura de autoridad con poder para juzgar, gestionar y controlar los comportamientos. Esto exige la existencia de otro rol complementario que le dé sentido: el del paciente inexperto, que debe ser protegido y se pone en sus manos. Se enfrentan la postura del terapeuta, con unos conocimientos y una actitud para poner en favor del bienestar de su paciente —si es preciso, de manera autocrática—, y la postura de éste, que, ante tal certeza, adopta una posi-

ción sumisa y de espera frente a la cura. Se trata de una relación poder-saber (mediada por el capital) que produce una infantilización de los ciudadanos y un aumento de la dependencia psicológica, restándoles autonomía e introduciéndoles en el sistema preestablecido (McLaughlin, 2012).

Este modo de concebir al individuo, propio del llamado “paternalismo libertario” (Kullmann, 2014), puede verse ejemplificado en numerosas manifestaciones. Como muestras, el libro de *Nudge: Improving decisions about health, wealth, and happiness*⁴, de los economistas estadounidenses Richard Thaler y Cass Sunstein (2008) en el que proponen conectar el comportamiento falto de consciencia y manipulable de los individuos con la política —de hecho, ambos son asesores de importantes gobiernos—, o el *neuromarketing*, encargado de estudiar temas como la disposición óptima de los productos en el supermercado de modo que compremos cuanto más, y más caro, mejor. Ninguno de los anteriores ejemplos impone u obliga al ciudadano a comportarse de determinada manera, simplemente sugiere, promueve, estructura las posibilidades de decisión de modo tal que, *lógicamente*, éste asumirá como correcta la que curiosamente más interesa a aquél que las ofrece. Pero no hace falta acudir a *perversos planes* gubernamentales a gran escala o estrategias económicas de grandes supermercados: basta con abrir cualquier manual de “psicología del trabajo” para encontrar recomendaciones destinadas directamente al sujeto objeto de esa manipulación de una manera muy poco sutil —asumiendo ya por tanto la interiorización de ciertos valores sociales— para, por ejemplo, incrementar la productividad a toda costa, tales como

Adiós a la cháchara. Corta el parloteo. [...] En las (llamadas) de trabajo sólo contribuye a perder el tiempo. [...] Para que el teléfono no sea NUNCA ladrón de tu productividad debes entenderlo y utilizarlo en todo momento a tu favor. Sólo está ahí para producir resultados. Nada más. (Pena, 2010, p. 31)

O sugerencias que nos animan a utilizar textos prediseñados a la hora de redactar e-mails para que no “nos roben tiempo y energías” (Pena, 2010, p. 27). Este es uno de los principios que Eric Fromm definía como constitutivos de las sociedades tecnológicas: máxima

eficiencia y rendimiento, aun a costa de la individualidad de las personas, y a costa, incluso, del rendimiento y la eficacia futuros, ya que este principio es, mayormente, cortoplacista (Fromm, 1968). Productividad como único y último fin y meta al servicio de las empresas, que psicólogos, ingenuamente —aquí es donde reside el mayor peligro, pues esta ingenuidad es uno de los medios más eficaces para tornarlo moralmente aceptable y técnicamente útil— maquillados como ayudantes de los trabajadores empujan a alcanzar. Ayudan, sí, pero únicamente a la adaptación a un sistema predeterminado, sin cuestionarse la pertinencia, consecuencias, implicaciones, génesis o intereses del mismo, pues forman parte de la maquinaria. El término adaptación, que en el campo de la biología no significa más que la capacidad de ajuste o modificación del organismo para alcanzar el equilibrio con un medio natural ya dado, en el campo social o psicológico resulta más problemático, pues somos nosotros, las personas, los que formamos y creamos el medio social, no es algo natural o inmutable⁵. La frontera entre protección-asistencia y manipulación es, como poco, peligrosamente difusa, y más dentro de la consulta del psicólogo (Parker, 2010).

En el interior de esta consulta, se produce una extraña combinación de la confesión como mecanismo central —exigido por el psicólogo, necesario para el diagnóstico y eficaz en sí mismo para la *curación*—, con el examen, para *reinscribir el procedimiento de la confesión en un campo de observaciones científicamente aceptables* (Foucault, 1976/2009). Esta confesión ha de ser interpretada por el psicólogo con el fin de ser validada, no está completa hasta que se reestructura en un discurso médico-científico elaborado por el receptor. Necesita del *certificado* de la autoridad.

Resulta paradójico que la actual *culpabilización* del sujeto de sus problemas, entendiendo esto como una reducción de todos los planos a lo físico-químico, biológico o psicológico —como una suerte de pecado original concebido—, y la tendencia a infravalorar u omitir

⁴ Nudge: empujar, dar un codazo.

⁵ Es importante referir aquí que, pese a que por cuestiones de pragmatismo no es posible dar cuenta con la debida profundidad en este artículo, estos planteamientos han sido ampliamente discutidos por numerosos autores como Canguilhem y Foucault, entre otros.

las variables contextuales y sociales —hay poco de qué hablar sobre el entorno del paciente si sus síntomas derivan de la química—, en el caso de producirse una inversión de papeles, es decir, la reducción de todas las variables al plano contextual, daría lugar al mismo tipo de sujeto determinado con bastante poco espacio para ejercer su libertad y responsabilidad personal y colectiva. Resulta indispensable una correcta comprensión de las raíces histórico-sociales de la subjetividad humana, sin separarlas artificialmente, pero a su vez sin diluirla en las mismas⁶.

Podríamos teorizar que, en este sentido, la dominación ideológica que está en funcionamiento principalmente es la deferencia (Therborn, 1987), surgiendo de la combinación de un modo de interpelación de la realidad sobre “lo que es bueno”⁷ con la imposibilidad de una alternativa posible. Se trata de un efecto de las enunciaciones de lo que es bueno acerca de los dominadores, que son concebidos como una casta aparte poseedora de cualidades superiores que son cualificaciones necesarias para dominar y que sólo los dominadores poseen, bien por descendencia o, como en este caso, por educación.

Mito Igualitario: la Patologización de la Diferencia

El mito igualitario, aquel que hace parecer como iguales al grupo hegemónico y a los demás grupos, en la psicología funciona como lo que he denominado la “patologización de la diferencia”. Es decir, presiona a todos los individuos a ajustarse a una idea de normalidad que se toma como natural, cuando en realidad su funcionamiento se debe a una determinada ideología que impregna la definición de este término.

La normalidad y anormalidad no poseen una definición positiva, definiéndose una en oposición de la otra y dependiendo su contenido de factores contextuales. A lo largo de la historia muchas “enfermedades” han ido apareciendo y desapareciendo, tales como la drapetomanía —mal que padecían los esclavos

negros que intentaban escapar en las plantaciones estadounidenses (Elkins, 1959)— o la homosexualidad —la cual, en algunos sectores de la población, sigue considerándose como enfermedad, y sometiéndose a terapias de reorientación sexual— entre otras.

Esta idea ya ha sido trabajada por autores como George Canguilhem y posteriormente Michel Foucault. Este último explica la norma como una herramienta de las disciplinas para el control y ajuste de los individuos y de las poblaciones a un determinado ideal de ser que se manifiesta en las mismas (Hernández, 2013). La psicología, como disciplina, y además científica, sigue este patrón de funcionamiento, adoptando los modelos de conductas que aparentemente describe un rol prescriptivo.

Una idea común sobre cómo se establece el patrón de normalidad se relaciona con la normalidad estadística. Si nos fijáramos en la tan célebre campana de Gauss, en la cual el resultado con más incidencia se sitúa en el centro, bajando la frecuencia según nos alejamos de la media, y estableciéramos puntos de corte en un porcentaje consensuado, por ejemplo, el 10%, tendríamos una minoría de sujetos muy por encima y muy por debajo de la media que rebasarían los patrones de normalidad. Pero si esto se aplicase, los sujetos situados inmediatamente a un lado y a otro del corte serían tan similares que resultaría ridículo atribuirles a diferentes grupos, pasando por alto que el dónde se trace la línea divisoria también resulta bastante arbitrario (Frances, 2014). Lo estadísticamente más frecuente no tiene por qué coincidir, además, con lo éticamente aceptable. En la Alemania nazi, el antisemitismo se situaría en el centro más elevado de la celeberrima curva. El promedio no es la fuente de la normalidad, sino que expresa la ya existencia de una norma social vigente y operante en el proceso de constitución de la subjetividad (Braunstein, en Braunstein et al., 1976), a la vez que cumple también una función prescriptiva:

LO QUE LA GENTE ES = PROMEDIO ESTADÍSTICO

PROMEDIO ESTADÍSTICO = NORMALIDAD = SALUD

NORMALIDAD = SALUD = LO QUE LA GENTE DEBE SER

⁶ Para una discusión más amplia y profunda sobre la formación de la subjetividad, Nikolas Rose (1996), *Inventing our selves*.

⁷ Lo que es correcto, justo, hermoso, atractivo, agradable...De este modo se estructuran y normalizan nuestros deseos.

Por tanto:

LO QUE LA GENTE ES = LO QUE LA GENTE DEBE SER

La psicología parece que ha optado por definir lo anormal de un modo utilitarista, intentando buscar un “mayor beneficio para un mayor número de personas”, o al menos así se nos presenta, al defender a la sociedad de los *indeseables* y ayudar a los mismos en su reintegración. Es decir, como ya había planteado, funcionando como un mecanismo normalizante disciplinario, en el sentido definido por Foucault.

Entre los criterios diagnósticos más frecuentes podemos encontrar tanto el sufrimiento del propio paciente como el de las personas de su entorno. La cuestión es cómo entendemos conceptos como beneficio y sufrimiento, y en qué tipo de sociedad se ha fraguado tal concepción. Habría que tomar en cuenta qué es lo útil en este capitalismo salvaje en el que estamos inmersos, el cual para mantenerse en plena forma y funcionamiento debe recurrir a la creación constante de necesidades asegurando así el consumo y a sí mismo. No debemos olvidar que muchos regímenes totalitarios no dudaban —ni dudan— en clasificar a los disidentes con un pensamiento diferente al dictado por el Estado de *enfermos mentales*. Tanto más peligroso es este funcionamiento cuanto más interiorizado está por los propios *disidentes*, que poseen autoconciencia de enfermedad y parece que muchas veces voluntariamente, sin ningún tipo de coerción exterior explícita, al sentir que no terminan de ajustarse a los patrones y roles establecidos buscan el medio de encauzar su conducta.

Cuantas más anomalías, más conductas —y por tanto más individuos— objeto de control. Es importante destacar que la norma no funciona excluyendo lo “anormal”, sino incluyéndolo en el cuerpo social, asignándole un lugar para así poder actuar sobre ello y corregirlo, adaptarlo. Parece que se tiende a patologizar cada vez un mayor número de conductas y en ámbitos cada vez más personales, asuntos que creíamos naturales y gobernables para cualquiera, convirtiéndolo a su vez toda diferencia en patológica. El manual para el diagnóstico de enfermedades mentales, DSM, editado por la *American Psychiatry Association*, es una clara muestra, incrementando el número enfermedades mentales exponen-

cialmente con cada nueva edición. De hecho, la quinta y última publicada en 2013, ha provocado una gran controversia, llegando a recibir incluso fuertes críticas internas como las de Allen Frances —Jefe de Grupo de Tareas del DSM-IV—, Thomas R. Insel —director del Instituto Nacional de Salud Mental Americano—, la *British Psychological Association* —concretamente la *Division of Clinical Psychology*, que defiende abiertamente el abandono de los diagnósticos psiquiátricos y el uso de términos como enfermedad o trastorno mental alegando que “el diagnóstico psiquiátrico es frecuentemente presentado como la constatación objetiva de un hecho, pero es, en esencia, un juicio clínico basado en la observación e interpretación del comportamiento y autoinformes, y por tanto sujeto a variaciones y sesgos” (UK Division of Clinical Psychology, 2013, p. 3).— o el *British Medical Journal*. Este último, además, denunció que cerca del 75% de los expertos encargados de escribir las definiciones de *enfermedades mentales* tenían vínculos directos con compañías farmacéuticas, lo cual puede resultar significativo considerando el hecho de que muchos medicamentos se desarrollan antes que la enfermedad que tratan, cobrando el factor económico un papel importante (Doward, 2013).

Actualmente el estigma asociado antaño a las visitas al psicólogo se ha diluido, y éstas han pasado a convertirse en un *obligado ejercicio de un derecho a la salud* (Álvarez, 2008). Si tomamos conciencia de esta constante transformación, entonces podremos afirmar que las enfermedades mentales son entidades interactivas, construidas, susceptibles de ser modificadas, sin restarles por ello “realidad”, que el coche o el ordenador sean entidades *inventadas y construidas* no parece escandalizar a nadie. La clave está en que el problema no es impermeable a los conocimientos y concepciones culturales y clínicas que se tengan de él, sin que esto signifique que cualquier concepción sea capaz de cualquier cosa. La cuestión no es que los problemas tomen una forma, pues alguna han de tomar para poder trabajarlos, si no qué forma toman y por qué. Entender todo problema de la vida que genere dolor y sufrimiento como enfermedad o problema médico, susceptible de ser tecnificado y recibir una solución profesional, sirve a menudo para justificar tanto la medicación como un desentendimiento por parte de la

víctima, sus familiares y el profesional (Pérez, 2007).

Así, cuando leemos en los periódicos que el alcohólico, el vándalo o el violador de mujeres necesita atención psiquiátrica o que ésta le será suministrada, experimentamos la tranquilidad de saber que el problema se está resolviendo o, por lo menos, abordando de manera eficaz, y lo olvidamos. (Szasz, 1976, p. 85)

Ejemplo de controversia ampliamente citado en estos temas es el del Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad (TDAH), que en las últimas décadas ha alcanzado proporciones casi epidémicas entre niños y adolescentes, y que algunas voces críticas achacan a una medicalización de los problemas de conducta que los adultos tienen normalmente con ellos en relación a la atención y “no dedicarse a lo que debieran”, que sería más bien fruto de nuestro modelo de vida actual de estimulación y entretenimiento constante, resultados inmediatos y una reducción del tiempo y el espacio dedicado a la educación por parte de los propios padres a los hijos, que de algún tipo de patología orgánica. Padres y educadores encuentran una explicación tranquilizadora en un diagnóstico de enfermedad, que además les proporciona una solución igualmente rápida y efectiva a sus problemas —entendiendo esto como la disminución o eliminación del comportamiento indeseado— como es el administrarles un fármaco.

Este mito parece sustentarse en el “sentido de la representación” (Therborn, 1987); se considera que la situación es positiva puesto que en el fondo beneficia a la sociedad. La representatividad de los “dominadores” se basa en una sensación de semejanza o pertenencia al mismo universo. Las personas “normales”, “sanas”, *comulgan* con la ideología mayoritariamente presente en la sociedad, que al mismo tiempo es la promovida por aquellos que ocupan posiciones dominantes en la misma, a su vez ocupando, a menudo, esas posiciones dominantes por ser exponentes prototípicos de sujetos ideológicamente adaptados. La ideología dominante muchas veces no es resultado de una elaboración y decisión consciente, sino una imagen implícita en la sociedad e ideología que asumimos. En cualquier caso los cánones de bienestar mental no son percibidos como impuestos, sino más bien como simplemente explicitados por agentes que, aun con una cualificación superior, participan de la misma idea sobre la

vida y nuestro “sentido común”. Como decía Tomas Szasz (1976), toda clasificación diagnóstica requiere de tres tipos de personas: el clasificador —psicólogo—, el sujeto a clasificar —paciente—, y, muy importante, “un público llamado a aceptar o rechazar esta clasificación” (p. 61).

Conclusiones

Tras realizar el análisis de los tres mitos postulados como contribuyentes al mantenimiento y reproducción del actual estatus de la psicología como disciplina científica que, dada una particular concepción del individuo, tiene el poder y la autoridad de impregnar cada vez un abanico más amplio de ámbitos, nos encontramos que se deben a una multiplicidad de causas complejas, resultando ingenuo y simplista establecer una relación causa-efecto directa.

Como toda disciplina humana, tiene una génesis histórico-social y está inscrita dentro de una determinada ideología con un ideal del ser concreto. En ella, funciona como un aparato disciplinador de normalización que permite estudiar, clasificar y corregir a los individuos apoyándose en la legitimidad y “sacralidad” de la ciencia, olvidando muchas veces que la normalidad y la anormalidad son variables puramente contingentes. Aceptando que esta dicotomía depende del contexto histórico, social, cultural e ideológico vigente, parece evidente que la psicología, como ciencia humana que es, cambia con la cultura, que es cambiada a su vez por la psicología misma, rompiéndose así la asepticidad, neutralidad y objetividad de la que parece hacer escudo y bandera.

Referencias

- Álvarez, Jose María. (2008). *La invención de las enfermedades mentales*. Madrid: Gredos.
- American Psychiatric Association (2014). *DSM-5. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Madrid: Panamericana.
- Bachelard, Gaston. (1938/2000) *La formación del espíritu científico*. México DF: Siglo XXI.
- Blanco, Florentino (2002) *El cultivo de la mente: un ensayo histórico-crítico sobre la cultura psicológica*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- Braunstein, Néstor Alberto; Pasternac, Marcelo; Benedito, Gloria & Saal, Frida (1976). *Psicología: ideología y ciencia*. México DF: Siglo XXI.

- Canguilhem, George (1978) *Lo normal y lo patológico*. México DF: Siglo XXI.
- Doward, Jamie (2013, 11 de Mayo). Medicine's big new battleground: does mental illness really exist? *The Observer*. Recuperado de: <http://www.theguardian.com/society/2013/may/12/medicine-dsm5-row-does-mental-illness-exist>
- Elkins, Stanley (1959). *Slavery: a problem in American institutional and intellectual life*. Nueva York: Universal Library
- Ferreiros, José & Ordóñez, Javier (2002). Hacia una filosofía de la experimentación. *Revista Hispanoamericana de Filosofía*, 34(102), 47-86
- Foucault, Michel (1976/2009). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Frances, Allen (2014) *¿Somos todos enfermos mentales?* Barcelona: Ariel.
- Fromm, Eric (1968) *The Revolution of Hope, toward a humanized technology*. New York: Harper & Row.
- Gigerenzer, Gerd (2004). Mindless statistics. *The Journal of Socio-Economics*, 33(5), 587-606. <https://doi.org/10.1016/j.socec.2004.09.033>
- Hacking, Ian (2001) *¿La construcción social de qué?* Barcelona: Paidós Ibérica.
- Hernández, Rigoberto (2013). La positividad del poder: la normalización y la norma. *Teoría y crítica de la psicología* 3, 81-102.
- Ioannidis, John P. A. (2012). Why Science is Not Necessarily Self Correcting. *Perspectives on Psychological Science* 7(2), 645-654. <https://doi.org/10.1177/1745691612464056>
- Kuhn, Tomas (1962/2005). *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: Fondo de Cultura Económico de España.
- Kullmann, Katja (2014, 12 de Septiembre). *El ciudadano como perro*. Recuperado de <http://blogdelviejotopo.blogspot.com.es/2014/09/el-ciudadano-como-perro.html>
- Latour, Bruno & Woolgar, Steve (1979) *Laboratory life: the Social Construction of a Scientific Fact*. Beverly Hills: Sage Publications.
- Loredo, Juan Carlos (2005). Acerca de las tecnologías psicológicas. *Revista de Antropología Iberoamericana*, núm. esp. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/623/62309913.pdf>
- McLaughlin, Kenneth (2012). La psicologización y construcción del sujeto político como objeto vulnerable. *Teoría y crítica de la psicología* 2, 3-18.
- Michel, Joel (1997). Quantitative Science and the Definition of Measurement in Psychology. *British Journal of Psychology*, 88(3), 355-383. <https://doi.org/10.1111/j.2044-8295.1997.tb02641.x>
- Michel, Joel (2011). Qualitative Research Meet the Ghost of Pythagoras. *Theory & Psychology* 21(2), 241-259. <https://doi.org/10.1177/0959354310391351>
- Parker, Ian (2010) *La psicología como ideología. Contra la disciplina*. Madrid: Catarata.
- Pena, Alberto (2010). *Guía práctica especial: 7 ladrones del tiempo y 7 técnicas para combatirlos*. Recuperado de <http://thinkwasabi.com/wp-content/downloads/LadronesTiempo.pdf>
- Pickering, Andrew (1984). *Constructing Quarks: a sociological history of particle physics*. Chicago, Illinois Chichester: University of Chicago Press Wiley.
- Pérez, Marino (2007). *La invención de los trastornos mentales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Romero, José Luis & Álvaro, Rafael (2006) *Anti-psychologicum. El papel de la psicología académica: de mito científico a mercenaria del sistema*. Madrid: Virus.
- Rose, Nikolas (1996). *Inventing our selves*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sidanius, Jim & Pratto, Felicia (1999). *Social Dominance: An Intergroup Theory of Social Hierarchy and Oppression*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shapin, Steven (1982). History of Science and its Sociological Reconstructions. *History of Science*, 20(3), 157-211. <https://doi.org/10.1177/007327538202000301>
- Stevens, Stanley (1946). On the Theory of Scales of Measurement. *Science*, 103(2684), 677-680. <https://doi.org/10.1126/science.103.2684.677>
- Stewart, Ian (2001). *¿Juega Dios a los dados?* Barcelona: Crítica.
- Stroebe, Wolfgang; Postmes, Tom & Spears, Russell (2012). Scientific Misconduct and the Myth of Self-Correction in Science. *Perspectives on Psychological Science* 7(6), 670-688. <https://doi.org/10.1177/1745691612460687>
- Szasz, Tomas (1976). *Ideología y enfermedad mental*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Taylor, Charles (1996). *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Thaler, Richard H. & Sunstein, Cass R. (2008). *Nudge: Improving Decisions about Health,*

Wealth, and Happiness. New Haven: Yale University Press.

Therborn, Göran (1987). *La ideología del poder y el poder como ideología*. Madrid: Siglo XXI.

UK Division of Clinical Psychology (2013). *Position Statement on the Classification of Behaviour and Experience in Relation to Functional Psychiatric*

Diagnoses: Time for a Paradigm Shift. Recuperado de:

<http://dxrevisionwatch.files.wordpress.com/2013/05/position-statement-on-diagnosis-master-doc.pdf>

Varela, Julia (1986) *Las redes de la psicología*. Madrid: Libertarias Prodhufi.



VICTORIA SEDKOWSKI NOWAK

Madrid, 1993. Graduada en Psicología por la Universidad Complutense de Madrid en el 2015. Actualmente estudiante del Máster de Intervención e Investigación Psicosocial en la Universidad de Barcelona. Participa en el proyecto PROHABIT de análisis multidisciplinar del entorno habitado. Investigando sobre identidad, narración y pertenencia.

DIRECCIÓN DE CONTACTO

sadarthas@gmail.com

FORMATO DE CITACIÓN

Sedkowski Nowak, Victoria (2016). Tres mitos ideológicos de la Psicología. *Quaderns de Psicologia*, 18(3), 15-26. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1325>

HISTORIA EDITORIAL

Recibido: 07/07/2016

1ª Revisión: 16/10/2016

Aceptado: 05/11/2016